

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

**HOMENAJE A
D. SABINO FERNÁNDEZ CAMPO**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
2 DE FEBRERO DE 2010



ÍNDICE

11

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, ENTRE *EL PRÍNCIPE Y UTOPIA*
Dña. Adela Cortina Orts

17

MAESTRO DEL SABER ESTAR
D. Andrés Ollero Tassara

23

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO. *IN MEMORIAM*
D. José Luis García Delgado

31

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, JUNTO A LA TORRE DE LOS LUJANES
D. Helio Carpintero Capell

41

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, UN GRAN PRESIDENTE
D. Juan Velarde Fuertes

47

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO,
LEALTAD A ESPAÑA, A LA CONSTITUCIÓN Y A LA CORONA
D. Marcelino Oreja Aguirre

55

EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON EL SEÑOR
D. Alfonso López Quintás
Homilía en la iglesia de San Nicolás de los Servitas

**SABINO FERNÁNDEZ CAMPO,
ENTRE *EL PRÍNCIPE Y UTOPIA***

DÑA. ADELA CORTINA ORTS

Leer atentamente los discursos de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas es sin duda una excelente inversión de tiempo y una forma de conocer un tanto a sus autores. Tengo que confesar, en este orden de cosas, que me sorprendió el hecho de que Sabino Fernández Campo dedicara su discurso a una relectura de *El Príncipe*. Como tantos españoles que hemos vivido las últimas décadas de la historia de España y estamos profundamente agradecidos al buen hacer del Conde de Latores en el campo político, nunca le creí admirador de Maquiavelo, menos aun maquiavélico en el sentido usual del término, y leí el discurso por tratar de entender.

Se sentía el nuevo académico, como Maquiavelo, al final de una era y al comienzo de otra, en esa transición nuestra, tan apreciada por propios y sobre todo por extraños, que no fue sólo política, sino también en muy buena medida social. La sociedad española quería cambiar a un mundo abierto y pluralista, y ante todo quería paz, acabar con los sectarismos de uno y otro signo que no llevan sino al sufrimiento. Es ése tal vez un tiempo especialmente propicio para que los príncipes y sus consejeros aprovechen su *virtù* y la suerte puntual que trae la rueda de la fortuna.

La fortuna no está en nuestras manos, pero sí la *virtù*, la fuerza interior y el talento para cogerla por los cabellos y aprovechar el momento para bien.

Cómo no pensar en ello a cuento del 23 F, ese día del que Sabino Fernández Campo prefería no hablar, del que decía saber lo justo, pero del que confiaba en acabar entendiendo algo —añadía con su ironía proverbial— si seguían dando en televisión reportajes y películas sobre lo que ocurrió en aquellas horas. ¡Qué suerte para los pueblos contar con asesores de príncipes de tal calibre y qué desgracia lo contrario!

Claro que la obra de Maquiavelo presenta siempre la duda desde el punto de vista de la interpretación ética, y Sabino Fernández Campo la plantea sin más: ¿quería Maquiavelo a fin de cuentas conseguir un empleo dando a los Médicis los consejos que deseaban oír?, ¿creía en la perversidad insuperable de los hombres y proponía por eso la célebre moral del pragmatismo en estado puro, siempre que lleve al bien de la patria?, ¿o el pequeño tratado era sin más una sátira sutil, una crítica, el intento de ridiculizar la actividad política de todos los tiempos?

La clase de pensamiento que se escribe responde a la clase de hombre que se es, y la lectura

del entonces recién ingresado académico no es ninguna de las tres mencionadas, sino la de situarse, como creo que hizo a lo largo de su vida, entre *El Príncipe* y *Utopía*, entre el pragmatismo por bien del Estado y la tensión constante por un mundo más digno. “Ahora me doy cuenta —termina reconociendo en las últimas páginas del discurso— de que he acabado por establecer unas aspiraciones que tienen mucha más relación con *La Utopía* de Tomás Moro”. Pero no con la utopía perfecta en la que soñó Moro, porque lo inaccesible, lo que no tiene lugar, sólo causa decepción y desánimo, sino las utopías fragmentarias, las realistas, las que intentan descubrir en puntos concretos qué importa y urge mejorar, porque no está a la altura de lo que merecen los países y los seres humanos.

Se trata, a fin de cuentas, de unir sabiamente las dos máximas evangélicas que Kant brindaba en *La paz perpetua* al político que quisiera comportarse éticamente: sed astutos —o prudentes— como las serpientes, sed bienintencionados como las palomas.

Por esa figura del político ético, que tan bien supo encarnar Sabino Fernández Campo, como consejero de príncipes y como protagonista de primera línea en la historia española, es por lo que un gran número de españoles, entre los que

me cuento sin duda alguna, le admirábamos y le admiramos profundamente y seguimos apreciándole de todo corazón. Con figuras de tal valía gana en felicidad y grandeza la vida de los pueblos.

Quisiera poner fin a estas palabras con una anécdota que recuerdo con especial cariño. Desde mi ingreso en la Academia, Sabino Fernández Campo, como Presidente, empezaba las sesiones con las palabras: “Sra. Académica y Sres. Académicos”. Lo decía con esa sonrisa entre tierna e irónica, entre asombrada y divertida que le caracterizaba, ante la palmaria desproporción entre mujer y varones, en aquella inmensa sala de paredes recubiertas de libros. Alguna parte tendría en esta especial mención M.^a Teresa Álvarez, personalista —en la versión mujer— de corazón y de militancia. Alguna parte tendría el buen sentido de Sabino Fernández Campo, que tan fecundo ha sido para dar un mejor sesgo a la historia de España.

MAESTRO DEL SABER ESTAR

D. ANDRÉS OLLERO TASSARA

El justísimo homenaje a la memoria de D. Sabino Fernández Campo me provocaba una embarazosa perplejidad. Mi aún breve ejecutoria en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas invitaba a un cortés ejercicio de economía procesal, evitando convertir este acto en interminable. Por otra parte, sin embargo, se daba la circunstancia de que fue precisamente mi progresivo acercamiento a la Academia lo que me concedió el preciado regalo de su amistad. No intervenir, siquiera simbólicamente, en esta natural rememoración habría podido sugerir una indiferencia totalmente ajena a la realidad.

Mi aprecio hacia la figura de Sabino Fernández Campo arrancaba, como es lógico, de muchos años antes. Su papel dentro de la Casa del Rey generaba ese callado protagonismo que irradia la autoridad moral. A sus virtudes castrenses, con una ejemplar vivencia de la lealtad, se unía un entre nosotros poco frecuente sentido institucional; ese apreciable saber estar tan escaso en nuestra vida pública. Bastaba seguir con interés la coyuntura pública para que su latente anonimato fuera nítidamente percibido. Los sucesos del 23-F resaltaron tan sólo una sensación largo tiempo consolidada. Cuando, lo que resultaba

inevitablemente frecuente, se suscitaba tal circunstancia, salía del paso con un hermetismo socarrón. Aún recuerdo cómo, con ocasión de uno de los trabajos fílmicos dedicados al evento, me comentaba en el recoleto ascensor de la Academia: “con unos cuantos así quizá llegue a enterarme de lo que pasó”; a la vez que lamentaba que el actor que le representaba no uniera a su encomiable profesionalidad mayor esbeltez física, sugiriendo incluso su apuesta para un posible *casting*.

Ese institucional saber estar se plasmaba en una medida distancia, que para el mero espectador podría malinterpretarse como frialdad. De ahí que cuando, gracias a los buenos oficios de un amigo común, le solicité una entrevista, me sorprendiera particularmente el calor de su acogida y la sencillez llena de espontaneidad de su trato. La verdad es que el trajín, no siempre agradable, previo al acceso a una Academia, regala no pocas veces experiencias de este tipo, capaces de darlo por provechoso cualquiera que fuere el resultado. Esa acogida, poco proporcionada dados mis años y mi escasa relevancia, le llevó incluso a convertirse en uno de los tres académicos que suscribieron la propuesta de mi candidatura. Cuando algún tiempo después, al iniciar mi discurso de ingreso, apunté que “si el prestigio de esta Casa es siempre inmerecida dádiva, lo es

más aún para mi su principal correlato: la posibilidad de disponer de feliz motivo para el periódico encuentro y abierto diálogo con compañeros como vosotros, a las que por tantos motivos de rigor intelectual y de ejemplaridad pública vengo admirando personalmente desde hace años”, su figura ocupaba sin duda en el sentimiento que expresaba un lugar preeminente.

Tuve, por otra parte, la fortuna de experimentar esa cercanía que Sabino buscaba, quizá para resarcirse de tantas obligadas distancias. Su notable sociabilidad y su exquisito trato encontraba campo de juego en más de una tertulia o en comidas periódicas en grupos tan reducidos como plurales. No sólo el arrimo a la patria chica asturiana podría provocarlo, aunque esto haya que darlo por descontado; en mi caso, el maestro de ceremonia era Fernando Aldana, que reunía en torno al mantel a un interesante conjunto, del que también formaba y forma parte nuestro compañero D. Manuel Fraga, así como quien con la triste circunstancia de su fallecimiento provocó mi ingreso en tan recoleto ámbito, al encontrar el convocante no se qué simétrico perfil: Rafael Termes.

En esas ocasiones, nuestro añorado Presidente aportaba siempre sus sabrosos comentarios y no rara vez sus elocuentes silencios. Todo un regalo

para quienes con toda lógica disfrutábamos oficiando de oyentes.

Dejo a mis más experimentados compañeros la exigible tarea de rememorar sus impagables aportaciones a la Academia, que tuvieron ocasión de constatar con mayor trayectoria y que yo empobrecería con alguna torpe alusión fragmentaria. De ahí que haya preferido introducirme en este justo homenaje evocando aspectos cálidos de su gran humanidad, tanto más patentes para mí al llover sobre un campo largamente abonado por una merecida admiración.

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO.
IN MEMORIAM

D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO

Presidente,
Señora y Sres. Académicos,
Hijos y familiares,
María Teresa:

Como todos ustedes, evoco ahora con honda nostalgia a quien ha sido un compañero entrañable en esta corporación, presidiéndola ejemplarmente. Nostalgia que es la pena con que nos mortifica lo perdido. Pero nostalgia que, en este caso, se tiñe también de un cierto sentimiento de complacencia: el gozo que produce compartir una memoria querida y estimulante, la memoria de quien supo vivir con intensidad su larga vida ayudándonos a vivir mejor la nuestra.

No podré, en mis breves palabras, sino repetir mucho de lo que ya se ha dicho y también algo de lo que yo mismo he escrito en otras ocasiones. Adoptaré, he de advertirlo, un tono muy personal; no me fijaré en la obra como jurista o en la carrera militar de Sabino Fernández Campo, ni tampoco en los hitos de su dilatado servicio a la Corona o en su impecable labor como miembro de esta Academia; trataré de retener, únicamente, los rasgos de su personalidad que con

más fuerza emergieron a mi vista en el curso de una relación personal que se prolongó durante tres lustros. Desde mediados del decenio de 1990, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, mantuve largos encuentros con Sabino Fernández Campo, y desde entonces él y su esposa, María Teresa Álvarez, me han distinguido —como a mi mujer, Raquel Marín— con el privilegio de su generosa amistad. Desde la cercanía humana que ello me ha brindado, les hablo ahora de dignidad, entereza y bonhomía como componentes de un *ser* y un *estar* admirables.

* * *

Dignidad es, efectivamente, el primero de los trazos que más sobresalen en la marcada personalidad de quien fuera nuestro Presidente. Todo en Sabino Fernández Campo transmitía dignidad: su semblante, su figura, su voz, su mirada. La dignidad del hombre cabal, de la persona que entiende la lealtad como un sacramento y, al tiempo, como un arte. Esa cualidad privativa de quien, con su conducta, nunca se ha perdido a sí mismo el respeto, la dignidad que se gana con el comportamiento; la que sale de dentro: *ser* más que *estar*, aunque se refleje en cada ademán. La dignidad, en suma, que hace de algunos elegidos referencia de altura moral y de rectitud. La dignidad que, desde la libertad, nutre el espíritu de

sacrificio y servicio, bien lejos, por tanto, de esa persistente abyección alojada en el centro mismo de la historia según la cual —por decirlo con Albert Camus— los hombres hemos venido al mundo para servir o ser servidos. Fue esa dignidad precisamente la que le permitió a Sabino Fernández Campo administrar tan patrióticamente sus silencios, siempre más difíciles de manejar que las palabras.

Entereza es el segundo rasgo. Entereza, temple, fortaleza de ánimo. La entereza de quien sabe vivir con hondura la felicidad y el sufrimiento, tanto la fortuna como la adversidad, y de una y de otra conoció mucho Sabino Fernández Campo. Entereza que es no volverle nunca la espalda a la vida, traiga ésta lo que traiga. La entereza que, como la dignidad, es *estar* pero también y, sobre todo, *ser*, porque es una actitud moral. Esa entereza que dota de distinción: distinción física y distinción espiritual potenciándose recíprocamente. Ahí radicaba probablemente el secreto de aquella su apostura característica y única, invariablemente mantenida en lo serio y en lo festivo, que suscitaba con naturalidad respeto y atención sin tener que recurrir nunca a la arrogancia.

Hay todavía un tercer rasgo sobresaliente en la personalidad de Sabino Fernández Campo; no

es fácil nombrarlo con un solo término, porque implica una auténtica sabiduría para las relaciones humanas; puede valer el de bonhomía, pero no entendida trivialmente. La bonhomía que se demora en amistad. Bonhomía que es serenidad, intensidad sin apremios, sin precipitaciones, como si la vida no fuera esa “prisa” de la que hablara Ortega. Bonhomía que en Sabino Fernández Campo también se expresaba en una suerte de humor hacia adentro: la ironía nunca caústica, nunca agresiva, siempre comprensiva, reflejo de una vieja y acendrada actitud que se adentra en el dominio mismo de la tolerancia, ese humus civil de la convivencia, empleando una hermosa expresión aquí mismo utilizada en otra ocasión por nuestro compañero Pedro Cezezo. Una bonhomía que no fue nunca incompatible con la gravedad o con la seriedad o con el compromiso que demandaron unas y otras situaciones. Ello explica en buena parte el gran atractivo de Sabino Fernández Campo: saber ser próximo, aunque manteniendo la distancia siempre más adecuada. *Ser y estar* dignos de admiración, una vez más.

* * *

Termino ya, cumpliendo mi compromiso de brevedad. Repetiré únicamente lo que me sirvió para comenzar: tristeza y complacencia se com-

binan al evocar a nuestro compañero, ciertamente añorado, pues añorar significa querer en la ausencia. Y en esta casa, que es mejor desde que fue la suya, no le dejaremos de querer, podéis estar seguros, querida familia, querida María Teresa.

**SABINO FERNÁNDEZ CAMPO,
JUNTO A LA TORRE DE LOS LUJANES**

D. HELIO CARPINTERO CAPELL

Sr Presidente,
Estimados miembros de la familia de D. Sabino
Fernández Campo,
Sra. Y Sres. Académicos

Tendemos a situar los personajes que conocemos y admiramos en un determinado paisaje, en un cierto contexto, con aquel fondo sobre el cual la figura destaca y cobra su perfil más personal, que subraya sus luces y contraluces.

Vengo yo a situar a Sabino Fernández Campo en el entorno de la Plaza de la Villa madrileña, en la proximidad de su Torre de los Lujanes, en el contexto de nuestro pequeño mundo académico, bien a sabiendas que su figura lo trasciende y desborda por todos sus lados.

Recién ingresado yo en la institución, fué tal vez en la primera sesión del año 2001 cuando, en medio de todas las novedades que para mí representaba la incorporación a la sala de juntas, de tapete granate y paredes cubiertas de libros, sentado en torno a la larga mesa, escuché con admiración y sorpresa la ponencia que había preparado don Sabino sobre “Las Fuerzas Armadas

que España va a ofrecer a Europa”, y que puede leerse en las páginas del volumen 78 de nuestros *Anales*.

En el marco de unas reflexiones sobre España y Europa que iban guiando otras intervenciones académicas, quiso él meditar acerca de la realidad de las Fuerzas Armadas, situándolas en el horizonte de nuestro presente europeo y español. Era un tema que de algún modo parecía sentir como formando parte de la entraña de su persona. El año anterior había también querido disertar acerca del lugar de esas mismas Fuerzas Armadas “ante un nuevo siglo” (Fernández Campo, 2001), tomando como punto de partida los textos pertinentes de nuestra Constitución y poniendo en juego —así lo expresaba— su imaginación. Resultaba evidente que, al hablar de la institución militar, lo hacía desde una profunda identificación personal, vocacional, con el tema que glosaba.

Las Fuerzas Armadas, vino a decir, representan un instrumento de fuerza social que está sometido esencialmente a la autoridad del poder civil que encarna la soberanía nacional. “En un sistema democrático —escribe (Fernández Campo, 2000: 521)— el poder militar ha de caracterizarse por ser en esencia obediente y no deliberante ni independiente”. Pero, por otro lado, y por man-

dato constitucional, están llamadas a cumplir, si bien sólo en casos extremos, el papel de garantes de la unidad de la nación. Ante cualquier amenaza externa, la situación es clara y sin problema, pero, ¿y si el conflicto naciera, no ya de fuera, sino de dentro de la sociedad, de una cierta política de los distintos grupos activos en ella, atraídos tal vez por ideales independentistas y disgregadores? O, en sus propias expresiones, “¿Si las sucesivas concesiones a minorías que abrigan propósitos independentistas se prolongan e intensifican; si los pactos sobre temas diversos —económicos, idiomáticos, de seguridad— son crecientemente más graves y trascendentes, ¿a quién correspondería constitucionalmente reconocer la amenaza y ordenar a las Fuerzas Armadas que cumplan su misión constitucional?” (2000: 520).

El problema, además, se complicaba tras las transformaciones sufridas por el Ejército en los últimos tiempos. Don Sabino recordaba la nueva imagen de nuestra organización militar: soldados profesionales mercenarios, “desarraigo de nuestra juventud de...los valores morales y patrióticos de la Milicia” (2001: 256), fuerte pérdida del apoyo por parte de los agentes sociales, renuncia a la guerra y pura vocación de paz; todo ello condiciona la nueva realidad de la institución que se manifiesta a través de mil rasgos actuales, y obliga a repensar su significación.

La clave de las respuestas de nuestro compañero está expresa en todas las páginas de sus escritos. Esa clave es la convicción de la supremacía de la soberanía nacional, y del sometimiento de las Fuerzas Armadas al poder constituido. Ello constituía a mi juicio uno de los pilares de asiento de su personalidad.

Así, ante el imaginario dilema de una política de disgregación y una obligación constitucional de garantizar la unidad, sus propuestas eran a mi juicio, impecablemente democráticas. Primero, el Rey, en uso de su función moderadora, se podría “permitir advertir al Gobierno del peligro que encierra apartarse, por la vía de concesiones excesivas y tolerancias inadmisibles, de la afirmación básica contenida en el artículo 2.º de la Constitución” (2000: 527). Segundo, “otra aplicación de este amplio poder arbitral y moderador... podría ser la de sugerir e impulsar, con prudencia y habilidad, a los grandes partidos políticos nacionales, que se pusieran de acuerdo sobre determinados temas importantes que afectan al Estado en general...” (Id.: 528); y en fin, por último, recordaba, tal vez con melancolía, que se habló durante la elaboración del texto constitucional de mantener una posibilidad, la de que el Rey pudiera convocar en casos extraordinarios un referendun, lo que hubiera podido ser una fórmula interesante, aunque de hecho al final no

contemplada por nuestra Carta magna al presente, y por tanto, como él bien sabía, inviable.

En todos los casos y ocasiones, el Ejército habría de mantener su sumisión y obediencia al gobierno constituido, sometiendo sus sentimientos y deseos al control de la rígida obediencia.

Al recordar sus meditaciones académicas, por debajo de sus palabras, me parece entrever un texto igualmente apasionado y melancólico de Alfred de Vigny, en su clásica obra *Grandeza y servidumbre militar* (1835). De ella extraigo estos pensamientos: “En la antigüedad... todo ciudadano era guerrero y todo guerrero era ciudadano; los hombres del Ejército no querían ser distintos de los hombres de la ciudad (...) El destino de un Ejército moderno es muy distinto de aquel... Es un cuerpo separado del gran cuerpo de la nación...” (21-23), “Sin embargo, una idea común a todos da con frecuencia a esa reunión de hombres serios un gran carácter de majestad, y esa idea es la *Abnegación*... La abnegación completa de sí mismo... la espera continua e indiferente de la muerte; la absoluta renuncia a la libertad de pensar y de obrar...” (29).

Precisamente nuestro compañero, como hoy todos reconocen, ha entrado en las páginas de la historia por haber contribuído decisivamente al

mantenimiento de la democracia en una hora de enajenación de algunos miembros de las Fuerzas Armadas, incapaces de soportar el peso de la libertad y la vida política, ausente muchos años de nuestra sociedad.

Su acción sagaz, y valiente, con aquellas palabras que han adquirido ya la categoría de frase histórica —“Ni está ni se le espera”—, fué, en definitiva, un acto de respeto tanto a la autoridad regia como al poder último de la Constitución democrática. Su respuesta fué la única posible desde su posición de acatamiento y obediencia abnegada al orden constitucional.

Sin duda, en esa abnegación de sí mismo por respeto a los valores de un orden político que se funda en la democracia, la libertad y la justicia, y que somete a ellos la fuerza social y la fuerza personal, se halla una de las claves de la personalidad de nuestro desaparecido compañero. En nuestra sociedad, y en esta Casa, siguen por ello estando presentes y vivos su figura, su gesto histórico, sus palabras, y lo que aún es más importante, su actitud moral.

Referencias:

VIGNY, A. DE (/1835), *Grandeza y servidumbre militar*, Calpe, Madrid.

FERNÁNDEZ CAMPO, S. (2000), “Las Fuerzas Armadas ante un nuevo siglo (Reflexiones sobre el artículo 8.º de la Constitución)”, *Anuario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 77: 513-529

—(2001), “Las Fuerzas Armadas que España va a ofrecer a Europa”, *Anuario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 78: 241-257.

**SABINO FERNÁNDEZ CAMPO,
UN GRAN PRESIDENTE**

D. JUAN VELARDE FUERTES

Ahora lo puedo relatar, y tengo que enorgullecarme por haberlo hecho. Yo fui el que abordó a Sabino Fernández Campo a la muerte de Enrique Fuentes Quintana, para insistirle que, para el corto periodo de tiempo que restaba, se sacrificase y aceptase, si era elegido por los académicos, el puesto de Presidente. No logré su aceptación con facilidad. Sabino Fernández Campo, como persona muy inteligente que era, también resultaba ser muy autocrítico, desde luego en exceso, y completaba esos análisis retratándose ante los demás con un sentido del humor muy ovetense, del que siempre hizo gala. Pero lo conseguí, y de pronto, nos encontramos con que habíamos elegido muy bien. Porque al frente de cualquier Academia se necesita que esté alguien que comprenda que no es precisamente un centro de investigación; tampoco que es un panteón de hombres ilustres, sino un lugar lleno de personas con altos niveles de conocimientos específicos que están dispuestas a exponer a compañeros suyos, también altamente cualificados, puntos de vista desde su especialidad para que sea recibida y discutida, en un ambiente de cordialidad, por los componentes de la Corporación. Y en esta tarea, de procurar que, entre todos nosotros, reine ese ambiente grato que nos impulsase a ese

diálogo constante, Sabino Fernández Campo, fue maestro.

Yo me atreví a insistirle, en primer lugar, como ya he dicho en algún otro lado, porque, con motivo precisamente de la lectura en la Universidad de Oviedo de la tesis doctoral de nuestro compañero José Luis García Delgado que yo había dirigido, tuve una conversación larga, en un aparte, con un eminente profesor e investigador Don Ramón Prieto Bances, al que, por su prestigio habíamos invitado al almuerzo que siguió a la lectura de la tesis. Como era muy amigo de mi padre y por cierto, también de mi maestro, nuestro antiguo compañero Valentín Andrés Álvarez que había presidido aquel Tribunal, me daba consejos y tenía confidencias que mucho le agradecí. Y en aquella ocasión me indicó: “Una persona que, cuando fue alumno mío en la Facultad, destacó muy por encima de todos, es Sabino Fernández Campo. ¿No le has tratado nunca? Pues procura hacerlo, y cuando eso suceda, te aseguro que comprobarás que esto que te digo es así”.

Lo tuve siempre en cuenta cuando, desde la lejanía, contemplaba las excelentes actuaciones que, en puestos diversos tenía Sabino Fernández Campo. Todo culminó, naturalmente, con sus actitudes y talante al frente de la Casa de Su Ma-

jestad. En algunos momentos, del modo extraordinario que trascendió a toda España. En esa etapa tuve con él algún trato superficial, pero que, en lo que adivinaba, ratificaba lo que me había dicho el profesor Prieto Bances. Y, en esto, se produjo la vacante por el fallecimiento de Ramón Salas Larrazábal de la medalla n.º 13. Quien era entonces el Oficial Mayor de esta Real Academia, Juan de Luis Camblor, gran amigo mío desde los tiempos en que coincidimos, primero en *Alférez*, y más adelante, en el ministerio de Educación y Ciencia y, sobre todo, cuando fui Rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, formando parte, de Luis, del equipo que la dirigió, me dijo: “¿No te das cuenta que esta vacante la puede ocupar como nadie Sabino Fernández Campo?”. Me pareció una idea espléndida y abordé de inmediato al presidente, Enrique Fuentes Quintana, al que también le pareció magnífica la persona. Y me impresionó, conforme fui hablando con otros compañeros, lo acertada que pareció a todos.

Pero ya tenía además yo personalmente más argumentos muy recientes, porque, un grupo cerrado de personas, de muy alto nivel intelectual y político, se reunía en un almuerzo mensual. Y en él se había producido una vacante por el fallecimiento, en 1993, de nuestro compañero

Jesús Fueyo. Este grupo consideró, cargado de benevolencia, que yo podría ocupar su vacante. Allí, estaba Sabino Fernández Campo, al que, desde entonces, pasé a escuchar con muchísima atención, porque jamás le oí decir ninguna ramplonería intelectual, y sí, desde luego, repito, cosas muy importantes más de una vez sazoadas por su gran sentido del humor.

A partir de ahí, tanto verano tras verano en la Escuela de La Granda, y martes tras martes en esta Real Academia, mi admiración por él fue creciendo. No tengo, por eso que recordar ahora lo que, concretamente sobre sus tareas intelectuales dije, y que ahora ratifico. Ahí quedan mis palabras del 20 de marzo de 2007 en el homenaje que se le tributó en el Palacio de Congresos, en Madrid; las que pronuncié en otro homenaje, el de la Escuela de La Granda en agosto de 2008; mis declaraciones sobre su labor en *La Nueva España* el 24 de octubre de 2008 y, sobre todo, mi artículo *Homenaje a Sabino Fernández Campo, Conde de Latores* publicado en *Mar Océana*, 2009, págs. 15-21.

Hoy solo quise aquí explicar algo de lo que estoy orgulloso: el haber tenido algún papel para que estuviese entre nosotros, hasta convertirse en uno de sus mejores presidentes, Sabino Fernández Campo, conde de Latores.

**SABINO FERNÁNDEZ CAMPO,
LEALTAD A ESPAÑA,
A LA CONSTITUCIÓN
Y A LA CORONA**

D. MARCELINO OREJA AGUIRRE

Querida María Teresa, hijos de D. Sabino Fernández Campo, Sra. y Sres. Académicos:

Después de la intervención de mis compañeros, que han glosado tan bellamente rasgos de la vida y la personalidad de nuestro Presidente, me corresponde ahora decir unas últimas palabras, evocando algunos recuerdos personales de quien fue mi amigo durante tantos años, que remontan a la etapa en la que trabajamos en los gabinetes de los ministros del Ejército y de Exteriores en los años sesenta —él trabajó con seis Ministros y se hizo imprescindible para todos ellos—, luego en la Comisión de Subsecretarios, más tarde recorriendo juntos muchos países para acompañar a los Reyes de España y últimamente aquí en la Academia.

Siempre es doloroso y frustrante intentar sintetizar en unas palabras tan largo recorrido con una persona muy querida, y no puedo ocultar la emoción que siento. Lo primero que recuerdo de él es la confianza que inspiraba nada más conocerle. Confianza, tranquilidad y serenidad.

Nunca tenía prisa. Escuchaba. Y cumplía. Yo acudí muchas veces a él para pedirle consejo. Sus

observaciones eran claras, concisas, sin afectación, con naturalidad. Sabía además poner distancia objetiva ante cualquier situación. Era también un dialogante ameno, con sentido del humor, y ante preguntas inoportunas encontraba salidas agudas e inteligentes. Una característica suya era el interés constante por los demás, sin afectación; atendía cualquier petición y desdramatizaba cualquier exageración que pudiera causar efectos no queridos.

Se caracterizó siempre por ser un contertulio ideal, y por eso era tan requerido. Mezclaba sucesos con anécdotas y lo hacía con gracia, con ingenio y con bondad. No hería nunca, pero, eso sí, si le pedían consejo decía lo que pensaba, con tranquilidad, pero con firmeza, aunque no coincidiera con lo que su interlocutor quería escuchar.

En la Administración, en la política, en la Casa Real, fue siempre un hombre de sólidos principios, que supo sobrevivir a las peores tormentas con dignidad y grandeza, sin ceder nunca en sus convicciones profundas, aunque fuera a costa de sacrificios e incomprensiones.

En la Zarzuela emprendió la gran transformación: creó las oficinas, los equipos, los usos y los comportamientos de la Jefatura del Estado de la democracia, y ahuyentó cuanto pudo a los

arribistas que se acercaban a palacio. Dirigió a funcionarios neutrales sin más títulos que la lealtad, la honradez y la eficacia.

Impulsó la imagen moderna y sencilla de la Monarquía alejándola de tentaciones ostentosas y frívolas. La crudeza de sus consejos era sólo comparable a su entrega incondicional.

Por eso se entiende que el Rey le dedicara la fotografía en la que aparece con él en su despacho con palabras bien expresivas: “A mi queridísimo, leal, fiel colaborador, Secretario, amigo, jefe o lo que sea, poco queda ya... con el fortísimo abrazo, con el cariño y afecto de Juan Carlos”.

Dos constantes de Sabino Fernández Campo fueron su preocupación por la concordia nacional y su lealtad. Él, que había sufrido la guerra, luchó en la paz por la concordia entre los españoles. Y recibió testimonios constantes de consideración y respeto de las diversas laderas del escenario político. Se definió a sí mismo como reformista moderado y postuló que la evolución de nuestro país discurriera dentro de unas normas, desde el marco de la ley vigente en cada momento.

Como dijo de él con acierto su paisano Aurelio Menéndez: “en Sabino destaca el valor de la

entrega moral al servicio de la patria. Une a la personalidad del militar los valores intelectuales propios del talento universitario”.

Su otra condición fue la lealtad. Lealtad a España, a la Constitución, a la Corona. Y, con serenidad y con firmeza, mantuvo siempre su espíritu de sacrificio a toda prueba, incluso responsabilizándose de culpas, que asumía como propias, para descargar a otros de ellas.

En la Academia, después de su discurso sobre “Una relectura del Príncipe de Maquiavelo”, nos ilustraba con intervenciones sobre la función Real en España, la Sucesión a la Corona, las Fuerzas Armadas, que él conocía tan a fondo. En los últimos años insistió muchas veces en el papel que la Constitución otorga al Rey, en el art. 62, de ejercer el Alto Patronazgo de las Reales Academias. Y se preguntaba si no sería aconsejable que, con base a este precepto, fuera más próxima y frecuente la relación de S.M. con estas entidades, contribuyendo así a formar su criterio a efectos principalmente del ejercicio del poder moderador.

Su Presidencia en esta casa, que viví muy de cerca, fue un ejemplo de ecuanimidad, discreción y eficacia, fiel a la máxima de San Francisco de Sales: “la mirada alta, el camino difícil. La manera de andar sin que se note”.

Este asturiano ejemplar tuvo muchísimos amigos y unos muy queridos hijos y, en los últimos años de su vida, tuvo la compañía constante de María Teresa, su mujer, esposa ejemplar, atenta, cuidadosa, vigilante, que le hizo feliz y nos hizo felices a los que tuvimos el privilegio de compartir tantos momentos con ellos. Los dos juntos lograron construir un reducto de felicidad que permitió a Sabino salir de situaciones difíciles, permanecer activo intelectualmente y aportar su consejo agudo cuando se le solicitaba.

El Rey distinguió a Sabino Fernández Campo con la Grandeza de España. Lo fue en el sentido más pleno. Siempre perduraré su recuerdo entre nosotros y para mí será un ejemplo que me esforzaré siempre en seguir.

Evocando su célebre frase, los compañeros de la Academia podíamos decir de él: que está y se le espera.

EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON EL SEÑOR

D. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

Homilía en la iglesia de San Nicolás de los Servitas

“Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos” (Rom 14-7-9).

El fallecimiento de un ser querido nos produce, además de pena, desconcierto. Jesús nos manda en el Evangelio crear lazos de unión y de amor. Nos esforzamos en ello durante toda la vida, y de repente viene la muerte, y de un golpe parece romper todos los vínculos. Entonces nos preguntamos si tiene sentido el amor existiendo la muerte.

En estos momentos de desánimo debemos acudir a la Sagrada Escritura en busca de luz. Jesús nos dice: *“Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto” (Jn 12, 25)*. Él nos lo mostró con su ejemplo, pero, además, nos hizo esta gran promesa: *“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25)*.

Creer no es sólo aceptar que Dios existe, sino adherirse personalmente a Él, vivir en amistad con Él, cumplir sus mandatos. Cuando una persona lo hace con perseverancia, el Señor le da, al morir, la vida eterna, una forma de vida cualitativamente distinta de la terrena, inmensamente más valiosa. Pero es *su* vida, la *suya*, la misma que un día Dios le otorgó. En esa vida nueva, definitivamente liberada de toda caducidad, llevaremos a perfección todo lo bueno que hayamos hecho en nuestro paso por la tierra, sobre todo nuestro empeño en crear relaciones de unidad con los demás. Nada se pierde de lo que hagamos para cumplir los preceptos del Señor, sobre todo aquel que constituye su “mandato” específico: amarnos unos a otros, crear formas elevadas de unidad.

De aquí se deduce que toda vida acorde a la voluntad de Dios tiene pleno sentido aun existiendo la muerte. Jesús bajó humildemente al surco; compartió la muerte con nosotros y vivió, en la Resurrección, el gran triunfo de la vida. Tampoco a nosotros nos liberó del dolor, pero sí del sinsentido del dolor. No vino a liberarnos de la muerte, sino del sinsentido de la muerte. A esta luz, la muerte pierde su aspecto duro para convertirse en un encuentro venturoso entre grandes amigos.

Lo vio muy justamente mi admirado maestro de la Universidad de Munich, Romano Guardini:

“Morir significa para el cristiano que Cristo viene y llama. La vida terrena se quiebra, pero, justamente por eso, se abre la puerta y, al otro lado, está Él” (Cf. *El Rosario de Nuestra Señora*, Desclée, Bilbao 2009: 139).

Esta convicción es para nosotros una fuente de inmenso consuelo, porque bien sabemos que nuestro querido Sabino vivió la muerte como una entrega al Señor, a quien había servido. A estas horas, ya el Señor habrá cumplido su promesa de llevar al paraíso a quien conservó hasta el final su amistad.

Una vez consolados por esta convicción, debemos ahora realizar brevemente tres tareas:

1. Dar gracias al Señor por habernos concedido la gracia de tener entre nosotros durante un largo tiempo a Sabino. Cuando perdemos algo, solemos fijarnos más en la pérdida actual que en el don que supuso la presencia de quien se nos ha ido. Bien está que, en estos momentos de despedida, tengamos una palabra de agradecimiento por la existencia de Sabino entre nosotros, muy especialmente en su familia, y luego en su círculo de amigos y en toda la vida española, donde ha dejado una profunda huella, un surco lleno de semillas de vida,

vida intelectual, ética, política y religiosa. No es fácil, en un momento de confrontación como el actual, que se dé un consenso general en el elogio como sucedió entre nosotros a la muerte de Sabino.

2. En segundo lugar, hemos de tomar nota del buen ejemplo que nos ha dado. La vida de Sabino fue una historia de fidelidad y lealtad; fidelidad a sus convicciones, a su fe religiosa; lealtad a sus promesas y compromisos. Perseverar en la fidelidad a estos grandes valores no es fácil, pero es inmensamente bello.

Si vemos en bloque la vida de Sabino, observamos que fue amigo siempre de la concordia, cordial en el trato, coherente con sus principios, entusiasta en sus iniciativas y tareas, diligente para la ayuda, tenaz en el esfuerzo, paciente en las adversidades. Recuerdo con admiración la soberanía de espíritu con que sobrellevó sus grandes pérdidas familiares y su última enfermedad. Lo hizo con gallardía, con su mesura modélica y su altura de miras. Verdaderamente, su figura constituye un espléndido ejemplo para todos. Ya no le veremos por los pasillos de la Academia irradiando paz, y lo echaremos de menos. Pero nos queda el recuerdo

de su buen porte, de su señorío espiritual, y lo conservaremos con todo afecto en el capítulo personal de nuestros grandes modelos.

3. Por último, debemos aplicar su ejemplo a nuestra propia vida, a fin de convertirla en una vía regia hacia el gran acontecimiento de nuestra vida, que es el encuentro definitivo con el Señor en la muerte. Si la vemos con los ojos de la fe cristiana, la muerte es el momento más solemne de la vida; es el instante en el que sellamos para siempre nuestra voluntad de ser amigos del Señor. Si nuestro afán más íntimo es, como el de Jesús, hacer en todo momento la voluntad del Padre, veremos que la muerte no es sólo el fin de esta vida terrena; es el comienzo de la vida verdadera, una vida de encuentro incomparablemente superior a la que vivimos en la tierra.

Cuando, a sus 24 años, Teresa de Lisieux estaba a punto de morir, una compañera le preguntó: "*Hermana Teresa, ¿teme usted a la muerte?*". Ella le contestó: "*¿Qué muerte?*". La religiosa pensó que Teresita ignoraba su verdadero estado, y le advirtió que estaba muy enferma. La joven Teresa, con un hilo de voz, agregó: "*Claro que lo estoy, pero yo no espero a la muerte sino a mi Salvador que viene a buscarme*".

Ésta es la interpretación positiva que damos los cristianos al fenómeno de la muerte, a pesar del aspecto hosco y negativo que presenta. La fe nos da unos ojos nuevos para descubrir, con San Pablo, que “*si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él*” (Rom 6, 9). Con razón proclama la Iglesia que “*es preciosa a los ojos del Señor la muerte de los santos*”, es decir de quienes han vivido para el Señor y han muerto para Él.

ORACIÓN POR LA PERSEVERANCIA

*Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y, cuando decidas irte,
llévame, Señor, contigo,
pues el pensar que te irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin Ti me quedo,
de si Tú sin mí te vas.*

*Llévame, en tu compañía
donde Tú vayas, Jesús,
pues bien sé yo que eres Tú
la vida del alma mía.*

*Si Tú vida no me das,
yo sé que vivir no puedo
ni si yo sin Ti me quedo
ni si Tú sin mí te vas.*

*Por eso más que la muerte
temo, Señor, tu partida,
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte,
pues la inmortal que Tú das
sé que alcanzarla no puedo
cuando yo sin Ti me quedo,
cuando Tú sin mí te vas.*

Fray Damián de Vegas
1530-1598